

843
B

PQ2193
.B7
M58



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

82105
821800

LOS MISTERIOS MUNDANOS

I

Era un día en que debía disputarse el gran premio de cien mil francos en las corridas de caballos que se verificaban en el Bosque de Bolonia; París se acordaba de eso al despertar, y perdonaba al sol que se filtrase con fuerza á través de las persianas, hiciese resplandecer las vidrieras y atravesar las cortinas de los balcones.

A las nueve de la mañana los barrios elegantes se hallaban en movimiento y animados como á mediodía. El arreglo y la limpieza de coches y de caballos estaban casi terminados.

Los cocheros y lacayos preparan sus mejores libreas y disputan sobre el mérito de los caballos que han de correr. En las calles, en los *boulevards*, los coches de alquiler, mejor cuidados que de ordinario, andan al paso en busca de parroquianos dispuestos á olvidarse

de las tarifas y ser excesivamente generosos.

Los que los guían se muestran orgullosos de la importancia de su papel en día tan memorable, y hasta los caballos, como si tuviesen conciencia del reservado á sus compañeros de glorias y fatigas en la pista, marchan engallados y con la cabeza alta, adornados muchos de ellos con una gran rosa.

Por ventanas y balcones van apareciendo tímidamente, una á una, las preciosas inquilinas de los *boulevards* de la Magdalena, Malesherbes y Haussmann. El peinador de muselina bordado, precipitadamente echado sobre los hombros, al entreabrirse, permite admirar blancos hombros, habituados á las luces de las arañas, que se extrañan de verse acariciados por el sol. Los cabellos despeinados se esparcen por las espaldas, ó caídos por delante forman marco alrededor del semblante y caen en desorden sobre el pecho. Deslumbradas por la excesiva intensidad de la luz, soñolientas aún, se llevan una mano á los ojos para moderarla, y dos dedos á sus labios para ahogar algún ligero bostezo; después, con las rodillas vueltas hacia el techo, cimbreando su talle, inclinan la cabeza hacia atrás, y con los ojos medio cerrados, sacando los brazos, los extienden, y levantándolos por cima de la cabeza, los dejan

caer después á lo largo del cuerpo, estirándose de mil diversos modos, dando esos característicos y medio ahogados gritos nerviosos en que el dolor y el placer se hallan mezclados. Han sacudido el entumecimiento de la noche, vencido su torpeza, se han despertado por completo. Al momento que se levantan, miran á la calle: el piso está seco y sin barro; de las aceras suben bocanadas de aire caliente; una brisa ligera balancea las copas de los castaños y de los plátanos. Levantan los ojos al cielo para interrogarle. Promete un buen tiempo; un precioso azul se distingue en él; no cabe la menor duda: va á hacer un día magnífico. Entonces abandonan precipitadamente la ventana, entran en el tocador, ó en el cuarto de vestirse, dan órdenes á sus doncellas y escriben billetitos perfumados por el estilo de los que, como muestra, damos á continuación:

«Querida amiga:

»El Observatorio astronómico dice que hoy no lloverá. Tú misma puedes convencerte de ello. Te iré á buscar á la una. Ten en cuenta mi exactitud. Mi marido se digna acompañarme; pero, es claro, no por mí, sino por estar al lado tuyo; no le agradezco, por tanto, este favor. Si te incomoda, le haces que vaya en

el pescante. Le veremos de espaldas; él tendrá la culpa y no podrá quejarse. Yo iré vestida con traje de color gris para que tú puedas llevar el de color rosa, que es el que más te gusta. Mis niños, mis ángeles, duermen aún. Hasta luégo.»

«¡Sea: me separo de todas por tí; pero quiero entrar en el *peso* del brazo tuyo. Si te avergüenzas de la que te lo ha sacrificado todo, adiós. Envíame la llave y no vuelvas nunca por ella!»

«Querida baronesa:

»¿Tenéis un sitio en vuestro coche para Mismac, *reporter* del *Figaro*? Hablará mañana de vos en su periódico, y vuestro marido, á quien no tenéis tiempo de escribir, recibirá, en Argelia, noticias de vuestra preciosa salud.»

«Mi querida Adela:

»Deseo hoy tefirme el pelo de color rubio rojizo. Póntele tú negro ó castaño. Sin embargo, si quieres ponerte el mismo color que yo, estás en tu derecho, y no puedo oponerme á

ello; pero avísamelo, para que el peluquero sepa qué color debe ponerme.»

«Adorado mío: *él* ha venido á las tres de la madrugada. Este hombre no respeta nada. ¡Ah, madre mía! ¡tú has sido la que querías este matrimonio!... Para que no riña, satisfará todos mis caprichos... Le pediré que me lleve á las carreras... Ve temprano. Colócate hacia el sitio de los jueces de llegada. Yo iré tarde. Me quejaré de no estar en buen sitio. Le marearé. Tratará de buscar algún carruaje hospitalario. Tú te harás el encontradizo con él. Le ofrecerás el tuyo; pero como es muy pequeño, subiré yo sola contigo, y pasaremos el día juntos. Estaremos divinamente. Adios, ángel mío. Piensa que eres mi vida. No te olvides del vino de Champagne.»

Las cartas se cambian y cruzan desde el Arco de Triunfo al faubourg Montmartre. Los criados, demandaderos y el telégrafo se hallan en plena actividad. Se pide, se niega, se ofrecen sitios en los coches y en las tribunas. París está agitado, tiene la fiebre del placer.

Mientras las señoras se escriben unas á otras y se entregan á su atavío, los hombres se visten apresuradamente, almuerzan corriendo, y

se dirigen á sus círculos, á *hacer su libro*. Para la mayor parte de ellos, la pista reemplaza á Baden, Hamburgo y Wiesbaden, de triste memoria. Apuestan en pro ó en contra de los favoritos, como pondrían al encarnado ó al negro, al contra ó al color en el treinta y cuarenta. Se creen *sportmen* y no son más que jugadores.

Las mujeres honradas se disponen también á ir al Bosque. Es la última fiesta parisién de la estación; la que todas esperan para entregarse en cuerpo y alma á la vida del campo; se guardarían mucho de faltar á ella. Soportarán con más facilidad los largos días, bastante monotonos, del verano, si tienen cuidado de llevar para entretener sus soledades una larga serie de recuerdos parisienses. Por eso San Agustín, la Trinidad, la Magdalena, Santa Clotilde y hasta San Sulpicio, verán arrodilladas ante sus altares á esas preciosas devotas, abonadas á la misa de una, que se apresuran hoy á presenciar el sacrificio de Dios para tener tiempo de sacrificar al mundo.

En los barrios comerciales y de la clase media, la influencia del gran premio de París se deja sentir también. Los almacenes, ó no se abren, ó se cierran al mediodía. Se saca de la cochera la jardinera que el día antes servía para llevar las mercancías á las casas; se tie-

ne cuidado de sacudirla bien el polvo y quitar los diversos rótulos destinados á hacer conocer el nombre, las señas y la industria de su propietario; se la dan apariencias de un *char-à-bancs* y de carruaje de paseo, y después de haberla enganchado á algún caballo de fuerza, toda la familia, padre, madre, niños, niñeras y dependientes se amontonan en las banquetas. Parten temprano para tener tiempo de almorzar en el Bosque de Bolonia, las provisiones que se llevan en cestas. A la una, mientras el caballo descansa bajo verdes sombreros, toda la tribu se acerca al hipodromo, y de pie, arriados á la cuerda, tienen el placer de asistir á las carreras sin aflojar la bolsa.

Los que no tienen jardinera y no se permiten el lujo de gastar en un coche de alquiler, se dirigen en grupos de dos y de tres á la estación del Oeste. Desde muy temprano hállase atestada de gente, y los trenes para Suresnes y el Bosque de Bolonia se suceden unos á otros de cuarto en cuarto de hora. En las salas de descanso se chilla, se grita, se canta. Aquí los jugadores están en minoría: para unos las carreras no tienen importancia, son un pretexto para pasar un día de campo, otros no desean más que ser de los primeros en saber, no cuál de los caballos lo ganará, sino si

Francia vencerá á Inglaterra ó será vencida por ella. Sin importarles en todo el año nada de lo que se relaciona con el *sport*, se ocupan de él el día en que se disputa el gran premio de cien mil francos; es la fiesta del orgullo nacional.

En una palabra, las pasiones humanas se hallan en plena actividad, las buenas y las malas: la coquetería, la vanidad, la envidia, la afición al juego y el patriotismo.

A la una todos han partido, todo el mundo está en camino. París no es ya París. Es Versalles antes de la guerra, cuando la política no se había refugiado en él todavía. Un gran silencio ha sucedido al movimiento de la mañana. Las ventanas se hallan cerradas, las persianas corridas, las puertas cocheras entreabiertas. Delante de los cafés del boulevard, los mozos, sentados en las sillas, contemplan con melancolía la ninguna ocupación de su servilleta, que cuelga tristemente de su brazo. En el horizonte no se divisa ningún otro carruaje que algún ómnibus vacío que continúa haciendo su servicio reglamentario. Los caballos trotan sin convicción y el zagal, sentado en la imperial, habla con el mayoral, que seguro de no estrellarse contra nadie en aquel desierto, abandona las riendas, y

dejando el sombrero á su lado, va medio echado en su asiento.

En las esquinas de las calles los guardias, sin tener de qué ocuparse, se reúnen para hacerse en voz baja toda clase de confidencias. Además, en ese día no abundan mucho dentro de París, y los ladrones tendrían un buen día si sus ocupaciones no les hiciesen retener todo el día en Longchamps.

En los Campos Elíseos se ve ya renacer la vida. La carretera se ve ocupada tan sólo por algún carruaje retrasado que gana al trote largo el Arco de Triunfo; pero en las avenidas y en las calles de árboles circula inmenso gentío de paseantes á pie que esperan la vuelta de los que han ido á las carreras.

Los esperaremos también nosotros, porque el primer cuadro del drama conmovedor y verdadero que vamos á referir, ocurrió el 12 de Junio de 187... en el momento en que París entero, después de haber hecho novillos, volvía á entrar dentro de sus muros.

II

A eso de las cinco de la tarde comienza el desfile. Durante unos minutos la carretera se cubre de carruajes de todas clases: calesas, landós, *breaks*, victorias, *stages*, *huit-ressorts*, jardineras, ómnibus de familia, *coupés*, coches de alquiler, *dogcars*, *four in hands*. Todos estos vehículos bajan por la avenida de los Campos Elíseos. Al llegar á la plaza de la Concor- dia dan bruscamente la vuelta para volver á seguir en inverso sentido el camino recorrido. La hora de entrar en París ha sonado; pero nadie se decide á volver á entrar en las calles y en los boulevards tan silenciosos, en las moradas tranquilas de cada cual, á reunirse con los amigos y los parientes á quienes se dejó solitarios en ellas, á separarse de aquella muchedumbre, de aquel movimiento, de aquel inmenso hormiguero. Parece que se le quiere ver de nuevo, se quiere sobre todo ser visto.

El aire libre, el sol, el polvo, el ruido han transtornado á todos; están resueltos á completar su embriaguez.

Bien pronto la carretera se ve ocupada en toda su anchura por siete ú ocho filas de carruajes, divididas en dos corrientes distintas: una que sube, y otra que baja; una que saluda, y otra que es saludada. Es un espectáculo extraño y único. La vuelta de las carreras de Epsom es tan sólo lo que podría dar idea de él. Pero como de Londres á Epsom la distancia es de diecinueve millas inglesas, la aglomeración es menor en todos los puntos, y no se puede abrazar toda ella en un solo golpe de vista como en París. Además, en Inglaterra todo el mundo toma parte en ellas; todos han hecho su papel en el Derby, todos vuelven de él corriendo, trotando ó al galope. En Francia, por el contrario, al lado de los actores existe la multitud inmensa de espectadores: se compone de los paseantes de que hemos hablado antes, y de las gentes estacionadas, de pie derecho, en el Rond-Point, tendidos en los macizos de musgo, ó sentados en las sillas y butacas colocadas en los paseos. Admiran los lujosos trenes, los caballos de precio, las mujeres hermosas y los trajes riquísimos, ó bien, para consolarse del papel pasivo que les ha tocado desempeñar, se ríen de esos carruajes antidiluvianos, de esos caballos tísicos, de nuestras ridiculeces y de nuestras deformida-

des actuales, mezclados en nuestras magnificencias, y que forman parte también del desfile.

Entre esos espectadores, algunos disponen de medios distintos para ir á las carreras, y tenían sitios reservados en las mejores tribunas; pero han preferido presenciar el desfile mejor que tomar parte en él. Para ellos, aquella gente que viene del Bosque son actores en una gran comedia de magia; los que van tendidos en magníficos *huit-ressorts*, en *breacks* y victorias, representan los primeros artistas de la compañía, las estrellas del arte. Los conocen á todos, y al pasar, los saludan con la mano. Los otros les recuerdan los comparasas, las figurantas, los individuos sin importancia y sin papel encargados de hacer número y completar el espectáculo. La comedia iba á empezar; á las cinco se levanta el telón, y ellos habían ido desde las tres á ocupar sus asientos, sus butacas de orquesta. Hélos allí, al lado derecho de la avenida, frente al Palacio de la Industria, sentados en la primera fila de sillas, armados de sus gemelos de teatro, dispuestos á observar el horizonte femenino.

Los que les rodean comprenden que han tenido la suerte de encontrarse con verdade-

ros parisienses que se hallan al corriente de todo y conocen á todos, de antiguos vividores retirados, ó gentes inteligentes á quienes les gusta vivir de la vida de los demás. Así es que se les rodea por todas partes, para no perder ninguno de sus gestos, ni la más insignificante de sus palabras. Van á servirles de *cicerone* y de programa, á saber los nombres de los personajes que salen á escena, y á levantar la máscara de ciertas célebres mujeres de mundo. Gracias á ellos, entre aquella masa confusa que va, viene, se agita y gruñe, y donde no se puede distinguir nada, surgirán repentinamente individuos y personalidades. Aquella multitud no era más que un cuerpo informe; bien pronto tendrá un alma.

Uno de esos grupos de filósofos y de espectadores instruidos, llama más que otros la atención, y se atrae el favor del público. En él se ven dos sujetos, á quien *todo París* conoce, cuando menos de vista, y dos mujeres elegantes y hermosas, pero que no deben pertenecer al verdadero *gran mundo*, porque sus acompañantes parece como que temen ser vistos en compañía de ellas, y vuelven la cara cuando algún coche ocupado por personas serias pasa por junto á ellos.

Uno de dichos individuos es alto, moreno,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

bastante fuerte. Tiene la apariencia de virilidad, si no tuviese verdadero empeño en afe minarse. Pasa por ser el hombre más perfumado de París, y ha merecido que le pongan por mote el bello Guerlain. Es él quien, sin escuchar las protestas de su naciente obesidad, no temió inventar el chaleco de baile de un solo botón, ni hacer revivir los bolsillos al costado en los pantalones, de donde sale un pañuelo con viñetas. Habla con un extremo de los labios como los *merveilleux* del Directorio; tiene aire descuidado, gestos de exquisita originalidad; cuando anda, una parte de su cuerpo rueda, se contonea y tiembla. Hace la corte á todas las mujeres y llegaría á comprometerlas si no se supiese que es inofensivo. Es también el Saint-Simón de nuestra época, pero un Saint-Simón que va de casa en casa, conoce todas las noticias, los nombres, los escándalos, chismea, charla, desatina una hora, un mes y un año seguido, según los que le escuchan.

Sin embargo, Guerlain es ingenioso, instruido, buen músico, razona con inteligencia entre íntimos sobre cuestiones del arte, y tiene á veces hasta corazón. Sus defectos son superficiales; ahondando un poco se descubren cualidades reales, pero nadie siente el deseo de

hacer ese análisis y se le juzga por lo que se ve y por lo que se siente.

Su compañero no se parece á él en nada. Es modesto en su lenguaje y sencillo en sus maneras. Acaso esa sencillez sea exagerada, es ya hasta negligente, y sus sombreros, de forma antigua, echados sobre su frente, se han hecho legendarios. Levantad el sombrero y veréis una hermosa cabeza de veinticinco años, un semblante de una palidez mate, cabellos negros, ensortijados y de longitud desmesurada, una nariz clásica, grandes ojos y boca animada por una dulce sonrisa. Es el príncipe G... un raso, que en lo físico se parece á un oriental, un habitante de las orillas del Neva, más parisién que un ribereño del Sena; un bibliófilo y un erudito sin saberlo, y sobre todo, sin decirlo.

Enriqueta D... que se halla sentada al lado del príncipe, no ha ido á las carreras por capricho, por extravagancia, porque todo el mundo va allí, y para no echar á perder en aquel burdel su tren, que sabe guiar con tanta gracia. Apenas tiene veinticinco años, y sin haber hecho esas conquistas que meten ruido, sin haber arruinado á ninguno, ha conquistado entre la gente alegre, por su belleza, su juventud y su originalidad, uno de los primeros

puestos reservados en general á las mujeres al empezar á desengañarse, ó más bien, al estarlo ya. Según dicen, y ella lo asegura, quedó su corazón herido al principio de su vida, y se entregó á los placeres y á las aventuras amorosas para ahogar sus penas. Y las sabe manejar muy bien llevando á las cenas de la Maison d'Or un tinte de tristeza, que se toma muchas veces por rasgos de talento. Hace papeles con inteligencia, pero de un modo tan desigual, que no puede ser clasificada entre las primeras actrices dramáticas, sin embargo de que entre ellas pudiera ocupar un lugar distinguido. Mientras llega la ocasión de ser el encanto del público, hace la dicha de sus amigos, que son numerosos, y no la dejan ningún rato desocupado.

Blanca, á quien la casualidad le ha dado hoy por compañera, como otra vez las reunió ya en un escenario dramático, es conocida por sus amigas con el nombre de la *Bella tonta*: la primera parte de este mote es el único que merece: tiene una hermosa cabeza, colocada en un cuerpo vigoroso, alto y elegante. Para justificar la segunda, se atribuyen á Blanca ciertas ignorancias demasiado absolutas.

—Sois un verdadero modelo Watteau—la dijo un día un artista.

—¿Watteau? ¿qué quiere decir eso?

—Fué un pintor.

—Es posible que me conozca, pero yo á él no—respondió Blanca.

Días pasados, X... que la acusaba de infidelidad, la preguntó bruscamente:

—¿Qué hacías ayer á media noche?

—¡No es verdad! ¡no era yo!—exclamó.

Al rededor de esas cuatro personas se agrupan una veintena de curiosos, ávidos de escucharles. Se parecen á la generalidad de los mortales y no exigen ningún análisis especial. Son, en su mayoría, comerciantes al por menor; no han querido gastar en un coche de alquiler, y se contentan con ver los carruajes ajenos, como aquel que el día que quería dar un premio á su hijo, le llevaba al café Tortoni á que viese cómo tomaban helados los concurrentes. Si oyen con atención á Enriqueta y á Blanca, las miran también con un embeleso que, si se apercibiesen sus mujeres, se lo habrían de echar en cara cuando se hallasen á solas. Estas también echan ojeadas furtivas sobre nuestras dos actrices, pero más bien dirigidas á sus trajes que á sus rostros; critican ó se burlan, dando valor á cada una de las prendas que llevan, exhalando suspiros de envidia.

Cerca de este grupo, y como perdido enme-

dio de él, sólo una mujer, joven, de unos veinticinco años, merece particular interés por su distinción y su belleza. Está destinada á desempeñar un importante papel en esta historia, y debemos detenernos un instante en ella. El lector tendrá que seguirnos, y se verá obligado á detenerse también. En el curso de nuestra narración, muchos tipos femeninos pasarán ante su vista: ninguno, de seguro, le será tan simpático como éste.

III

Está vestida con suma sencillez, pero con exquisito gusto; su rostro se distingue por la pureza de sus líneas y la armonía de sus contornos. La frente es espaciosa, la nariz delicadamente acabada; los ojos, de un azul claro, son notables por su expresión, y sus cabellos, color rubio claro, son abundantes. La boca sonríe graciosamente y deja entrever preciosos dientes de resplandeciente blancura. El talle redondo, elegante y fino, podría creerse que

pertenece á una joven soltera, si el busto, bastante pronunciado, las cadéras desarrolladas y sobre todo su apostura, no indicasen claramente la mujer casada. Guantes de Suecia dibujan una mano pequeña, de dedos delgados y finos. El pie es aristocrático y bien calzado. En una palabra, el conjunto y los detalles son encantadores. Pero lo que más seduce en ella es, por decirlo así, un perfume de honestidad que se desprende de tan envidiable joven y se esparce al rededor suyo.

Tiene á su lado una niña de tres años y medio, adorable criatura, cuyos rasgos fisonómicos parecen calcados en los suyos. Encuéntrase en ésta la misma mirada dulce y algo triste, la misma graciosa sonrisa. Los cabellos, que caen sobre sus hombros redondos y blancos, medio descubiertos, son de un tinte más suave que los de la madre, y la nariz conserva aún esa forma indecisa particular á los niños. Los brazos desnudos son maravillas de arte. El traje, sin colores llamativos, sin pretender causar efecto, está muy cuidado, con detalles y refinamientos de coquetería que sólo una madre sabe inventar para hacer aún más hermosa á una hija adorada.

La niña, subida en una de las butacas de hierro del paseo, se apoya en su respaldo, del